

Como vemos, Meyerbeer se adelantó a su época, pues estos procedimientos se han prodigado de tal manera que, más que al valor auténticamente artístico de las obras, los éxitos se confían a la *reclame*, aprovechándose del papanatismo de las muchedumbres, frecuentemente más atentas al relumbrón que al arte sincero y emotivo, al arte de calidades exquisitas, al verdadero arte.

Como pianista estaba dotado también de excepcionales condiciones, hasta tal punto que fluctuó entre dedicarse al virtuosismo de este instrumento o a la composición de ópera, pero, al parecer, le resultaba más positivo esto último, y a ello se consagró de lleno.

En su primera época, y como ensayos más o menos afortunados, Meyerbeer compuso varias cantatas y óperas que le sirvieron de fructuosa experiencia ante las reacciones del público, que él supo aprovechar en su producción ulterior.

A excepción de una relativamente corta etapa de tiempo, en que su producción quedó paralizada por sinsabores y desgracias familiares, su obra fué fecunda, ya en su aspecto de preparación —estudio, viajes, experiencias, para todo lo cual disponía de abundantes medios materiales—, ya en creaciones efectivas, en óperas que daba al público con calculada regularidad. Los argumentos de sus óperas le preocupaban menos desde el punto de vista psicológico de los personajes que desde el de la sensación que en el público pudieran hacer la sucesión de efectos que le impresionaran, valiéndose de infinitos recursos para conseguirlos.

El éxito obtenido por Halevy, compositor de su propia raza, con la ópera de carácter histórico *La judía*, le hizo vislumbrar horizontes de positivo porvenir para sus propios triunfos, y a este género, que pronto

dominó en Francia y más tarde en Europa entera, encaminó sus miras, obteniendo el triunfo más ruidoso con su ópera *Los Hugonotes*, de tan resonante repercusión que el rey Federico Guillermo IV le nombró director general de Música en su país. Su último gran éxito lo obtuvo con la famosa ópera *La Africana*, cuya producción, después de comenzada, quedó largo tiempo interrumpida porque el libreto de Schibe no le satisfacía. Es precisamente esta obra, ya terminada a su satisfacción, la que señala la fecha luctuosa de Meyerbeer, quien, sintiéndose enfermo durante los ensayos, no pudo asistir al estreno, pues le interrumpió la muerte, acaécida en París el año 1864. Es, pues, *La Africana* en realidad la obra póstuma de esta desconcertante figura, que habiendo adquirido en su época el éxito más resonante, va quedando relegada al olvido hasta el punto de que su postura en escena va siendo cada vez más rara, y los cantantes también van dejando de incluirla en su repertorio...

* * *

La trayectoria de la vida artística de este autor, que en su época pasó por genio, proyecta una línea totalmente opuesta a la de los verdaderos genios para quienes, con raras excepciones, la gloria ha resplandecido después de su muerte, aumentando su esplendor a medida que los tiempos pasan, mientras que en el autor que comentamos, aquella aureola fulgurante que le envolvió durante su vida, con el tiempo va apagándose y desvaneciéndose; ironías que la vida presenta, pero que un gran espíritu de equidad y de serena justicia, que sólo es patrimonio del tiempo, va enmendando, para dejar las cosas, los hechos y los hombres en el sitio que legítimamente les corresponde.